

Para una ética de género

DAVY, Marisa

Presidenta de la “Asociación para la Investigación psicoanalítica”.

En mayo tuvieron lugar las elecciones en Italia. De la lectura de una encuesta ciudadana se desprende un aspecto ciertamente algo inquietante: un gran porcentaje de mujeres entrevistadas, a la pregunta “¿Por qué piensa votar a Berlusconi?” respondieron con determinación “Porque si él ha conseguido hacer dinero hará que también nosotros lo consigamos, con seguirle es suficiente”.

Es desconcertante porque se deduce cómo, al menos en el universo femenino, el término de confrontación es el consumismo y la imagen.

Se podrá decir que, afortunadamente, no es así en sentido absoluto, pero me hace pensar que, el hecho de que sólo una persona – una mujer- responda así, es un signo a tener en cuenta.

¿La época del consumismo y de la tecnología ha incidido de esta manera en lo femenino? La presunta neutralidad entre los dos sexos acentúa particularmente, por el contrario, la diferencia entre los sexos, cuya negación supone un obstáculo al proceso de conocimiento.

La mentalidad, es decir, el modo de pensar, está constituida por el género al que se pertenece que pasa, sin embargo, en el proceso cultural femenino, de una función normativa paterna a una conteniente materna.

Partiendo de este análisis, podemos acercarnos a la necesidad protectora–castradora de refugiarse en un padre carismático y sustitutivo de su propia subjetividad.

Veamos cómo, a través del estudio y el experimentar las historias desde el punto de vista femenino, podemos acercarnos a la pareja madre-hijo, no separada aún de la función de padre.

“El enigma de la feminidad”, definido así por Freud porque se considera irreducible al saber, representa el núcleo del inconsciente que interroga y que hace activo el proceso psicoanalítico y su inalcanzable meta..

La palabra analítica (en femenino) es al mismo tiempo imposible y esencial, es decir, es “lo que no cesa de decirse” (Lacan) y, según Lacan “el inconsciente es el discurso del otro” donde “el otro es siempre el otro sexo”.

La atención psicoanalítica ha podido destacar esa “imposibilidad” que ocupa a toda mujer, prisionera de una anatomía que la civilización del otro (del hombre) ha transformado en impedimento para existir.

La antigua cuestión “¿Qué quiere la mujer?” es un interrogante que dura ya un siglo y que ha encontrado en la investigación psicoanalítica una colocación de espacio y tiempo más precisa, unida a la fase pre-edípica, en la relación dual que precede la aceptación del padre.

El mismo Freud plantea la pregunta a las mujeres y sólo ellas pueden, no en contra del universo masculino sino separadas de él, encontrar – sentir – experimentar una respuesta: “está en escuchar y el buscar una estrategia diferente”. La búsqueda, la comunicación, el sentir, el compartir, pasa a través del “cuerpo de la mujer” y, sólo reconociendo el doble recorrido, es posible progresar, sustrayéndose a la búsqueda de una supuesta protección “paterna”.

S. Vegetti Finzi escribe en *Psicoanálisis al femminile* que “si la palabra masculina ha adquirido conscientemente el legado oracular de Apolo y el patrimonio de la sabiduría griega, la femenina deberá afrontar lo que la precede, la arcaica civilización minoico-micénica, sus terribles divinidades maternas”.

Es necesario destacar la necesidad de construir un espacio común que pueda ser el punto de partida para el principio de un diálogo ético sobre el tema de la vida, para re-encuentrar los puntos de conexión entre las innovaciones científicas y el pensamiento filosófico-antropológico.

El concepto mismo de persona nace de conocimientos – indagaciones – informaciones distintas entre ellas, incluso lagunosas, con respecto al actual bagaje cognitivo. De hecho, de los ámbitos del saber, de la sexualidad y del origen de la vida se cae en lo indistinto o en el conflicto más declarado. Y es justamente en este terreno donde se ha ejercitado, afirmado apasionadamente, el diferente modo de pensar de la mujer con respecto a los cánones tradicionales. Según algunas psicoanalistas como Marisa Fiumanò, y en ciertos aspectos Silvia Vegetti Finzi, la relectura de lo femenino comienza y se legitima desde una verdadera “pasión por el origen”¹ que, confrontada e interrogante sobre el “misterio” de esta pasión, ofrece a la mujer el deseo “insensato” de dar luz a un ser destinado a morir y que, sin embargo, encuentra su sentido en la

¹ Palabras de BONACCHI, Gabriella: *Nuove geometrie della mente*. pág. 137.

gestación, en el parto y en el significado simbólico del nacimiento como desafío de vida.

Es como decir que la mujer que no quiere o no puede tener hijos está subyugada por la angustia, o mejor aún, por la aceptación de la muerte. “No genero seres para que vivan, sino seres para que mueran”. Este es el reto más grande con respecto al hombre lanzado por la mujer, como única depositaria de la elección de la vida y de la muerte. Es la omnipotencia.

Pero la mujer, sujeto de la pasión y en pasión, impone – más allá de la norma del derecho – el respeto a esa sucesión genealógica que transforma al recién nacido en niño².

Podemos decir que la pasión femenina, o mejor dicho, feminista, es esta “pasión por el origen” y esta dimensión se debe experimentar con el cuerpo. Es casi como si “sentir” a través del cuerpo llevara a “hacerse” con la vida y llevara de nuevo al misterio del origen: es decir, por esta vía al origen mismo.

Hago referencia a experiencias vividas en mi trabajo cotidiano donde – paso a paso – se intenta encontrar en el “hueco” de la mujer, en su aspecto “cóncavo”, esa profunda capacidad de “ser consciente” de existir.

Existir, ¿Por qué llenos o vacíos?

Cristina y Carla, dos historias diferentes, dos mujeres que se interrogan sobre una maternidad impuesta por la costumbre social pero jamás pensada ni vivida plenamente. Impedidas para “procrear” (es irrelevante si el responsable es él o ella) experimentan la presión social y se sienten marcadas por no ser “una buena mujer”, es decir, capaz –con todo en su lugar – de responder, con una barriga llena a una mirada interrogante.

Esta necesidad de “tener” hijos para ser una “buena mujer” (con el sentido de no defectuosa) evidencia cómo, aún hoy en día, la mujer ocupa una posición, en el imaginario, inferior y dependiente del varón. Y aquí surge claramente una pregunta: ¿Qué puede aportar este tipo de mujer a la emancipación y a la modernización de la sociedad?, y por el contrario, la sociedad de hoy, considerada tan evolucionada y tan altamente tecnológica ¿Qué ha querido – ha sabido – o ha podido aportar a este tipo de mujer?.

² FUMARO, Marisa (1996): *L'immacolata fecondazione. Perché le donne dicono sì alle donne*. Milán, La Tartaruga.

Con el tiempo se ha consolidado un modelo de comportamiento y de relación fijando en un papel simbólico a la mujer ideal. Modernizar significa infringir un modelo socio-antropológico, cambiar la mentalidad, las opiniones, los modelos adquiridos con el tiempo (y de algún modo aseguradores), liberarse de la incultura, sin perder por ello la propia identidad. Sin embargo, ¿Pueden las mujeres de este tipo transformarse o existe el riesgo de hacerles un daño aún mayor?.

Si existe voluntad social ¿estamos seguros de que existe también una voluntad política de sumar, co-unir modelos modernos y tradicionales, para dar origen a un sujeto social válido para la época y la historia actual?

En realidad, una ya conocida incapacidad histórica colectiva, falsas relaciones igualitarias, dependencias etc. obstaculizan la actuación de este deseo deslumbrándonos con un falso, aparente cambio.

Lo Cascio escribió en 1979 que la cultura es un componente no aislado de un completo sistema social y económico que determina la existencia global de la mujer. Por tanto, ella no puede ajustar cuentas con cuanto la rodea y con lo que el hombre ha construido para ella: el universo masculino la mira, la observa, la juzga, la invade.

Hoy día parece necesario construir y dejar construir una nueva dualidad, libre de lugares comunes, de arrogancia intelectual (o al menos considerada como tal) o de imágenes sagradas que hacen que a ella sólo se le pueda idolatrar y no amar.

Especialmente en las áreas donde la marginación tiene profundas raíces históricas, la nueva imagen supera con dificultad una epidérmica existencia. Pero para entrar en la historia, todas las mujeres tienen que dejar de imitar, repitiéndose ya sea con respecto a su propio pasado como al masculino. En muchas zonas, el pasado, más que tradición es inmovilismo, subcultura y ha sido ahogado sutilmente pero de forma pesada por la clase media – elevado falsamente aculturado y fundamentalmente conservador, como expresión de poder.

Y volvemos al mayo inicial. Y es la mujer la que puede hacer historia, liberándose de miedos y prejuicios arcaicos. ¿Podemos hablar de “querer”? ¿Qué puede querer una mujer? El término se acerca a las “ganas”, al “deseo”, a la “sexualidad”. ¿Una mujer puede tener deseos sexuales?

El adjetivo “volitivo” adquiere significado positivo sólo cuando se refiere al hombre autoritario y viril. Referido a una mujer, la designa como poseedora de connotaciones masculinas.

De por sí, ¿Qué tiene la mujer? Las prohibiciones fundamentales: vivir con amor su propia sexualidad, reivindicar el derecho a su propia agresividad.

Regulados por la urbanidad y el buen comportamiento, regulados en formas socialmente aceptables, los impulsos profundos han sido considerados, si no inmorales, al menos vulgares e inoportunos.

Recordemos que el psicoanálisis se constituyó en torno a la escandalosa revelación de la sexualidad infantil y a la necesidad de comprimirla en el mundo femenino, transformando el concepto de mujer en el de madre. Aún hoy día, e incluso más porque está cubierto por una falsa cultura y sobretodo por el poder protector masculino, existe una resistencia a aceptar y a reconocer los instintos femeninos, ya sean sexuales o agresivos, los cuales permanecen cada vez más fuertes porque son inconscientes.

Simona Argentieri dice “los hombres, siempre amenazados por el miedo a la impotencia, están dispuestos a cargar con todo el peso de los instintos, prefieren ser malos antes que débiles”. Y en ello son apoyados por un cierto número de mujeres. Estoy de acuerdo con Simona Argentieri, que señala cómo estos deseos, negados a la mujer, han sido convoyados “naturalmente” hacia una maternidad en la que el elemento perturbador del deseo sexual ha encontrado su cumplimiento. Y la mujer, feliz y plena por ser madre, se hace MADRE, reduciendo a veces (más de lo que se quiere admitir) su deseo sexual. Laura Pennisi (1995) destaca cómo, para una mayor defensa, a la mujer embarazada se le sugiere una moda infantilizante, originando, a nivel imaginario, la anulación de mujer adulta y sexuada.

Y se potencia la obligación moral: el hijo debe nacer y crecer sano, íntegro, no importa a lo que se renuncie, en la asunción de una sublimación, la mujer es madre.

Quisiera concluir mis palabras libremente con la “historia de la mujer con el vestido de plumas” contada por Fatema Mernissi en su libro *L’Harem e l’Occidente* (Giunti): Cuenta cómo la abuela Iasmine, que durante toda su vida había vivido, forzada, en un harem, solía repetir a su nieta que “la fuerza de una mujer es el conocimiento de sí misma y mientras más te conozcas más fuerte serás”. Dice Mernissi: “Mi abuela Iasmine me ha hecho amar una hermosa historia siempre “imaginada” por ella”.

“La mujer del vestido de plumas” es un cuento donde destaca una, yo diría, natural distorsión introducida por Iasmine. La historia es la misma que la de la fábula titulada “Storia di Hassan al Bastri” en *Las Mil y una Noches*. Ya en la presentación existe una

lectura diversa: historia, no fábula, de él o de ella. En Las Mil y una Noches se cuenta que Hassan, nativo de Basora, Irak meridional, se enamora perdidamente de un gran pájaro que había pasado por una playa y que con gracia daba volteretas y parecía feliz.

De repente Hassan ve que de aquel maravilloso plumaje sale una bellísima, agraciada figura femenina, una mujer joven y sonriente. Lo que hace enloquecer a Hassan fue lo que la mujer tenía entre sus muslos: “Entonces echó una ojeada a la doncella que permanecía erguida y desnuda tal como su madre la hizo y miró bien lo que tenía entre sus muslos: Una espléndida cúpula redonda sostenida por pilastras, parecida a una copa de plata o de cristal”.

Hassan desea poseer esa mujer, le roba su hermoso vestido, lo esconde entre sus cosas: de esta manera impedirá para siempre que la mujer se vaya “volando”. Privada de las alas, la mujer está en su poder. La lleva a su patria, le llena de riquezas, le hace madre dos veces, reúne todo bien para ella, para tenerla y retenerla para siempre. Y se dice “...y vivieron felices y contentos”.

Un buen o mal día, según la lectura en femenino o masculino, a su vuelta de un largo y fructuoso viaje, ya no encontró ni a su mujer ni a sus hijos. Descubrió que su mujer (en la historia su nombre es irrelevante porque se trata de “la mujer”) siempre había buscado el traje de plumas. Cuando lo encontró no dudó en “alzar el vuelo”.

Abrazada a sus hijos, envuelta felizmente en las plumas, se fue volando, libre hacia su deseo, tras dejarle una nota al marido “Alcánzanos allá donde estemos, si tienes el suficiente valor para hacerlo”. Nadie sabía donde estaba la deseada Wak Wak, emblema de exotismo y de remota alteridad. Hassan se marchó, pero existen dos lecturas:

La masculina, en el libro Las Mil y una Noches: Hassan vagó durante un largo tiempo, los encontró, destruyó completamente el traje de plumas, los devolvió a la jaula dorada y vivieron por siempre “felices y contentos”. Como en la fábula.

Se dirá, la mujer de mayo dirá, admirada y envidiosa “¡Qué gran amor!”. La distorsión subversiva introducida por Iasmine en su fábula oral es que Hassan no encontró la isla que no existe, pasó su vida buscando a su mujer alada, sin obtener resultado. La esposa alada en su isla que no existe vivirá libre en su deseo, y con sus ganas de seguir volando.

También aquí, como en la mayor parte de los relatos orales, hombres y mujeres se encuentran en la orilla opuesta como en una especie de guerra ideológica: en los relatos orales el derecho a dominar a las mujeres es desatendido si el narrador es una mujer.

Me gustaría terminar mi intervención con la estrofa de una poetisa tarantina, Giovanna Quarto, una mujer valiente a la par que desesperada, violentamente privada de su vestido de plumas que, para volverlo a encontrar al menos en la imaginación, “voló” con su mente, perdiéndose en su esperanza perdida. Después regresó consciente, triste, amargada, con la palabra reencontrada. En el libro *Dal difficile mestiere di donna: un caleidoscopio di emozioni* escribe en la página 23 el soneto “Parità”:

Con lui la inseguo,
la chiedo,
la imploro,
non c'è.
La cerco e la trovo
da sola³

(Versión en castellano de María del Carmen Sánchez González)

³ “Con él la sigo/ la pido,/ la imploro,/ no está./ La busco y la encuentro/ yo sola”. (N. del T.)